

barra numerosísima y silenciosa. La apoyó el diputado Tomás Estrada, y la votaron todos los diputados presentes, Mechado (Eduardo), Fornáris, Sapturmo, Maceo, Gracia, Rodríguez y Luis Victoriano Betancourt, ménos Salvador Cisneros Betancour, que como presidente de la cámara debía desempeñar la presidencia de la república, por ministerio de la ley, á falta del vicepresidente, y se abstuvo de votar. "Podian haberse oido, dice la misma persona, los latidos de aquellos nueve corazones que iban á inutilizar al primer independiente, al primer majistrado."

Carlos Manuel obedeció sin murmurar una sola queja la soberana resolucion del congreso, y dejó el puesto de presidente para ocupar el de soldado del ejército. Este es uno de los más hermosos rasgos de la vida del héroe: un talento vulgar, un ambicioso de medros personales, hubiera tratado de sostenerse, y desde aquel instante hubiera levantado su fea cabeza la sierpe de la desoladora guerra civil.

Una vez pasada la crisis del 27 de Octubre, todas las cosas volvieron á su estado normal: al siguiente dia Carlos Manuel publicó dos proclamas dando á conocer al pueblo y al ejército su separacion de la presidencia; la guerra siguió como ántes y los empleados de ámbas administraciones quedaron confundidos, como si no se hubiese efectuado aquel cambio, ménos Quesada y Castillo que fueron depuestos.

Hallandose el ex-presidente el 27 de Febrero de 1874 algo retirado de su campamento, en un bohío [choza de paja] que estaba en un punto escombrado, poco espacio y rodeado de áspera montaña. Aquel dia habia caido prisionero de una columna enemiga del rejimiento de San Quintín un hombre de color africano, que habia sido su esclavo y él le habia dado la libertad, lo mismo que á todos sus compañeros. Desde el pronunciamiento de Yara aquel hombre que le seguia lleno de reconocimiento y de afecto, habia llegado á adquirir toda su confianza. El comandante de la columna española mandó como de costumbre que se le fusilase, y el pusilánime liberto, careciendo de valor para morir como tantos otros, ofreció si se le pordonaba designar el punto donde estaba Carlos Manuel, y aceptada la propuesta, quedó cambiada por su oscura vida la del Mesías de su raza. La columna, tomadas las señas con precision, se dirigió en seguida al lugar designado por el liberto y rodeó el bohío, sin ocuparse de otro bohío que estaba á poca distancia, y en él estaba un hijo de Carlos Manuel, que no tuvo tiempo para ir en auxilio de su padre y morir á su lado, pues al oír muchos tiros de fusilería y apercebirse del peligro, lo vió que se dirijia hácia el monte, defendiéndose y disparando su revólver, y que cayó bañado en sangre, atravesado el pecho por innumerables balas.....

Su cadáver fué llevado á la ciudad de Santiago de Cuba, donde se le puso á la exhibicion pública y se le arrojó á la fosa comun, sin que se le tributasen los honores de la Iglesia. Esto debia resultar únicamente en aquella tierra desventurada, que él habia redimido del ominoso pacado de la esclavitud, con tantos trabajos, tantos sacrificios y tantas perseverancia; pues el triste tañido de las campanas en gran número de pueblos del orbe cristiano, anunció la desaparicion del héroe, vibrando sus ecos en todos los corazones jenerosos, como si fuese el alarido de la naturaleza.

De esos pueblos debemos decirlo, el que primero se apresuró á espresar su dolor, fué la ciudad natal de Olmedo, la simpática Guayaquil, en el Ecuador, donde las exequias fúnebres del Bolívar cubano fueron tan espontáneas comountuosas, y tomaron parte en ella todos los altos funcionarios de la república, así del orden civil como del militar, las dignidades de la Iglesia, el bello sexo, los artistas, los obreros, el pueblo todo.

Carlos Manuel Céspedes murió traidoramente asesinado; pero vivirá para siempre en la memoria de los buenos. Dejó á Cuba en herencia tres grandes legados: el amor á la libertad, santificado por el heroismo y por el martirio; una historia gloriosa que no podrán borrar ni los tiranos ni el curso de los siglos; y un nombre que bastaria para hacer ilustre á su patria. Vivió y murió por la libertad.

T. J. BALMASEDA.

LA TUMBA DEL SOLDADO.

El vencedor ejército la cumbre
 Salvó de la montaña,
 Y en el ya solitario campamento
 Que de lívida luz la tarde baña,
 Del negro terranova,
 Compañero jovial del rejimiento,

Resuenan los aullidos
 Por los ecos del valle repetidos.

Llora sobre la tumba del soldado,
 Y bajo aquella cruz de tosco leño
 Lame el césped aun ensangrentado
 Y aguarda el fin de tan profundo sueño.

Meses despues, los buitres de la sierra
 Rondaban todavia
 El valle, campo de batalla un dia.
 Las cruces de las tumbas ya por tierra...
 Ni un recuerdo, ni un nombre...
 Oh! no: sobre la tumba del soldado,
 Del negro terranova
 Cesaron los aullidos;
 Mas del noble animal allí han quedado
 Los huesos sobre el césped esparcidos.

JORGE ISAACS.

EL MARICON.

I
 El primero que con tanta gracia y oportunidad, dió el nombre de «pepito» á ese tipo de linaje desconocido por nuestros abuelos, fué sin disputa el incomparable escritor neo-granadino Emiro Kastos.

Breton de los Herreros, pintó, es cierto, en su inmortal comedia «Marcela ó cual de los tres»—al afinado petimetre para quien la sociedad es el espejo destinado solo á reproducir su abigarrada figura. Pero el almibarado protagonista de «Marcela» no es de moderna importacion y se parece poco al pepito. Tiene partida de bautismo de luenga fecha, títulos y ejecutorias que remontan su oríjen á una respetable antigüedad. Existió en los tiempos de Grecia y Roma, visitó los salones de Diana de Poitiers y de la Montespan, de Jorje y Carlos de Inglaterra, asistió á las célebres bacanales de la cortesana Ninon de Lenelos, paseó su góndola cubierta de terciopelo en tiempo de la terrible república de Venecia, se meció voluptuosamente embriagado con el azar de los naranjeros que ciñen como una faja de esmeralda el golfo de Nápoles en el reinado de Nasson, pasó por entre la tormenta de sangre de la revolucion francesa sin estropear la blanquísima gola de sus pulsillos, ha llegado á despecho de su melíflua contestura hasta nuestros dias, y seguirá pavoneándose de jeneracion en jeneracion como una caricatura viviente del sexo barbudo y feo á que ha pretendido y pretende muy formalmente pertenecer.

Don Agapito Cabriola y Biscochea, no es el tipo de Kastos, es otro mas abundante aun y mas orijinal, es el tipo verdadero de aquellos que hemos dado en llamar con tanta impropiedad «pepitos.»

El maricon de la comedia, es en una palabra nuestro tipo.

II

El pepito es un rapaz impaciente por saltar á la palestra social mirando con desasosiego el tiempo que se vá. Bebe cognac, jura como un marinero, se desafia, tiene amores cortesanos, escribe billetes en papel satinado y con figuras emblemáticas, canta las cavatinas de las últimas óperas, pisa á las señoras mayores en los bouffes, y pronuncia en buen inglés, francés ó italiano el sacramental perdon, galantea á las mamás, atropella á los papás con una copa de espumante champagne y la vacía filosóficamente por el progreso de la prole, recita poesías eróticas en los salones, llama hermosas á las damas que vé en las calles, las sigue en las tertulias suspirando, y asegura en voz alta que la fulana se muere por sus pedazos, que la zutana le ha dado una cita, que atormenta al marido tal, que desespera al novio cual. Sabe de memoria discursos apropiados á todas las circunstancias, baila siempre el primero tomando pareja entre las señoras de mas edad, reniega de los niños que le tutean, compromete su palabra matrimonial, se envuelve misteriosamente en una amplia capa española pero teniendo siempre cuidado de hacerse conocer para que lo crean héroe de aventuras amorosas, se pinchola los dias de fiesta y lleva el paltó al brazo y los ojales del levita llenos de flores, golpea la bota charolada con el flexible junquillo, se recoje á media noche, habla siempre de grandes liberalidades, se denomina calavera tusándose el bozo naciente y gusta de que le llamen Señor y le traten ceremoniosamente.

El maricon por el contrario, es tímido, no es rapaz aunque tambien los hay de esa edad, cuenta mas bien con algunos inviernos perfectamente disimulados con las lu-

ces de una primavera artificial compuesta de cosméticos, leche antefélica y otros ingredientes inventados por los enemigos de la bella mitad del género humano, que son á las beldades lo que los gusanos á las manzanas doradas por los dulces rayos del sol. El maricon es ese sér que se mima, que se adora, que pone bandolina en sus cabellos, crema pérsica en sus manos, tintas de coral á los lábios: que conoce al dedillo todas las mas acreditadas perfumerías, y que en vez de salpicar su conversacion, como lo hace el pepito, con trocitos literarios de buen paladar, citando los glorificados nombres de los génios de la poesía, de la música, de la pintura, las proezas de los héroes batalladores, grandes políticos y sábios de todos los siglos, habla con veneracion de Luben, Cateau, Preville, Rimell y Mompelas: de quien inventó la Polka y la Masurka; de la modista ó peluquero mas afamados. Sabe la crónica de los bailes y los teatros, los compromisos amorosos de Lauras y Amarilis, el significado de las flores, matiza con verdadero primor artístico un ramo, mueve académicamente los pies y contornea los brazos con gracia al caminar, lleva lentes, cadenas y pastillas, una varita entre el dedo pulgar é índice y un habano en la boca con la obligada etiqueta de oropel ó papeles de color. Este sujeto, se encuentra en todas las fiestas compitiendo siempre con las damiselas mas perfolladas, y lleno de ira desprestijia su belleza, no puede sufrir con paciencia la perfeccion femenina, y tiene verdadera tristeza si los dandis celebran los encantos físicos que la hacen tan adorable. ¡Oh! si encontras, lector querido, ese bicho en nuestro camino, bicho mas abundante aun en nuestras ciudades, que los que pueblan los bosques vírgenes del Oriente á las orillas del Amazonas, haceos á un lado, sus perfumes os amenazan con una asfixia mas terrible que la que dió cuenta del célebre Clarence en el tonel de malvasia.

¡Páso al pepito, lector, porque siquiera éste señala el progreso y la prematura virilidad de los pueblos!

¡Anatema al detestable maricon que marca la decadencia y afeminamiento de las sociedades!

La pretension del niño, en nuestro siglo, usurpando al hombre sus privilegios é inmunidades sociales, es algo que se pone en armonía con las influencias del vapor y la electricidad. La pretension del hombre que se despoja de su virilidad para buscar así como Sardanápalo entre el sexo femenino, cuando hasta él se despoja del tontillo y la castaña para tomar la péñola, la espada, la pluma del filósofo y el político, la cuchilla del cirujano y el hacha del guerrero; es una aberracion tan monstruosa que justamente provoca la indignacion del que se viste por los pies y retuerce, orgulloso de sí mismo, sus bigotes.

TEMIS.

LAS DOS VOCES.

VOZ DE DIOS.

I

De apiñada muchedumbre
 El ancho templo se llena,
 Voz de muerte y de venganza
 Confusamente el populacho eleva.
 Una mujer suplicante,
 Angustiada, casi muerta,
 Camina desfallecida
 Como caña que al viento se doblega.
 «Jesús,» dijeron cien voces,
 «Pronuncia tú la sentencia,
 «Esta mujer es culpable,
 «Faltó al esposo.... ¿cuál será su pena?»
 Alzó la frente Jesús,
 Sacudió la cabellera:
 La penetrante mirada
 Paseó tranquila por la turba inmensa,
 «La ley está terminante,»
 Dijo luego con voz lenta:
 «La que cometió adulterio,
 Del pueblo á manos sin remedio muera.»
 La mujer lanzó un gemido;
 El terror heló su lengua,
 Rujió el pueblo como el tigre
 Al ver la sangre que caliente humea.
 Jesús continuó diciendo:
 «La ley ordena que muera:
 «El que se encuentre sin culpa
 «Al punto lance la primera piedra.»
 El pueblo guardó silencio,
 La nave quedó desierta,
 La mujer rompió en sollozos,